

Esta es una pequeña muestra del libro
El evangelio y la evangelización personal.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

El evangelio
y la
evangelización
personal

El evangelio
y la
evangelización
personal

Mark Dever

PRÓLOGO POR C. J. MAHANEY



Mientras lees, comparte con otros en redes usando:

#EvangelizaciónPersonal

El evangelio y la evangelización personal

Mark E. Dever

© 2026 por Poiema Publicaciones

Traducido y publicado con su debido permiso del libro *The Gospel and Personal Evangelism* © 2007 por Crossway.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Nueva Biblia de las Américas* © 2005, por The Lockman Foundation. Usada con permiso. Las citas marcadas con la sigla NVI han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* © 1999, 2015, 2022 por Bíblica, Inc. Usadas con permiso.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-965296-41-7

SDG

*Con agradecimiento a Dios
por Su fidelidad
en el fruto dado por medio de la evangelización,
por mis amigos amados que son ese fruto (John, Karan, Ryan),
y por amigos que me han enseñado sobre la evangelización:*

JIM PACKER

WILL METZGER

MACK STILES

y

SEBASTIAN TRAEGER

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	9
<i>Introducción</i>	13
1. ¿Por qué <i>no</i> evangelizamos?	19
2. ¿Qué es el evangelio?	33
3. ¿ <i>Quién</i> debe evangelizar?	49
4. ¿ <i>Cómo</i> debemos evangelizar?	61
5. ¿Qué <i>no</i> es la evangelización?	77
6. ¿Qué debemos hacer <i>después</i> de evangelizar?	95
7. ¿ <i>Por qué</i> debemos evangelizar?	107
<i>Conclusión</i>	121
<i>Lecturas recomendadas</i>	129
<i>Apéndice</i>	131
<i>Notas</i>	137

PRÓLOGO

Una de las primeras cosas que descubrí sobre mi gran amigo Mark Dever es que camina tan rápido como habla. Hace más de diez años conduje desde mi iglesia local en las afueras de Washington D. C. para reunirme con Mark en la Iglesia Bautista de Capitol Hill, donde sirve como pastor principal. Hacía buen clima, así que Mark sugirió que camináramos el corto trayecto desde el edificio histórico de su iglesia hasta un restaurante Subway cercano. Aunque suelo caminar a paso rápido, me costó seguirle el ritmo.

Momentos antes de entrar al local de comida rápida, Mark me explicó que comía allí a menudo, no por la alta cocina, sino para compartir el evangelio. Una vez dentro, saludó por su nombre a los dueños, una pareja musulmana de la India, e inició una conversación amistosa con ellos.

Al sentarnos, empecé a preguntarle a Mark sobre su corazón por los incrédulos y su estrategia para compartir el evangelio. Me contó que frecuenta a propósito los mismos restaurantes y negocios para cultivar relaciones y así crear oportunidades evangelísticas.

Desde ese día, he procurado seguir el ejemplo de Mark y he tenido el gozo de compartir las buenas noticias con muchas

personas que encuentro en la rutina, aparentemente común, de la vida diaria.

Si tú, al igual que yo, has pasado días enteros sin preocuparte ni percartarte de los pecadores perdidos que te rodean, o si deseas compartir el evangelio, pero no sabes cómo iniciar una relación o conversación, *El evangelio y la evangelización personal* te animará y equipará. Al leerlo, te contagiará la pasión de Mark por compartir el evangelio de Jesucristo y recibirás instrucción práctica sobre la evangelización personal.

Aunque este libro es para todos los cristianos, también es un regalo para los pastores. Cultivar la evangelización en la iglesia local es una de las responsabilidades más importantes y uno de los desafíos más difíciles de un pastor. Quizá *el* más difícil. Sin embargo, a lo largo de las páginas de *El evangelio y la evangelización personal*, la sabiduría, enseñanza y experiencia de Mark te apoyarán en esta obra vital para el ministerio.

Por eso, desde hace muchos años, le he insistido a Mark para que escribiera este libro. Mi anhelo es que, por la gracia de Dios, los miembros de la iglesia, los pastores, tú y yo, notemos a quienes antes ignorábamos; que nos hagamos amigos de pecadores que viven sin esperanza y sin Dios; que compartamos con ellos las buenas noticias del sacrificio sustitutorio de Jesucristo en la cruz y que, algún día, esas almas perdidas se aparten de sus pecados y confíen en la muerte y resurrección del Salvador en beneficio de ellos. Y entonces, ¡habrá un gran regocijo, en la tierra y en el cielo (Lc 15:10)!

Mark, gracias por escribir *El evangelio y la evangelización personal*. Gracias, más aún, por tu ejemplo tan elocuente de compasión por los perdidos y por tu fidelidad al proclamar a Jesucristo, y a Este crucificado. Que haya muchas conversaciones

PRÓLOGO

sobre el evangelio y abundante fruto evangelístico como resultado de este libro.

Espero con ansias nuestro próximo almuerzo juntos, amigo mío. Caminemos a Subway.

C.J. Mahaney
Iglesia Gracia Soberana de Louisville

INTRODUCCIÓN

Una historia asombrosa

Permíteme contarte una historia asombrosa sobre una persona a la que querrás imitar. Y por favor, ten paciencia con algunos detalles. No sé contar historias de otra manera.

John Harper nació en un hogar cristiano en Glasgow, Escocia, en 1872. Cuando tenía unos catorce años se convirtió en cristiano, y desde ese momento comenzó a hablarles a otros sobre Cristo. A los diecisiete años empezó a predicar; recorría las calles de su pueblo y derramaba su alma en una súplica apasionada para que los hombres se reconciliaran con Dios.

Después de cinco o seis años predicando arduamente el evangelio en las esquinas, y trabajando en el molino durante el día, el reverendo E. A. Carter, de la Misión Pionera Bautista en Londres, acogió a Harper. Esto lo liberó para dedicar todo su tiempo y energía a la obra que tanto amaba: la evangelización. Poco después, en septiembre de 1896, Harper plantó su propia iglesia. Esta congregación, que comenzó con solo veinticinco miembros, contaba con más de quinientos cuando Harper se marchó trece años después. Durante este tiempo se casó y

enviudó. Antes de perder a su esposa, Dios bendijo a Harper con una hermosa niña llamada Nana.

La vida de Harper fue intensa. Casi se ahogó varias veces. A los dos años y medio se cayó a un pozo, pero su madre lo revivió. A los veintiséis, una corriente lo arrastró mar adentro y apenas sobrevivió. Y a los treinta y dos enfrentó la muerte en un barco con fugas en el Mediterráneo. En todo caso, estos roces con la muerte parecieron confirmar a John Harper en su celo por la evangelización, que lo caracterizó el resto de sus días.

Mientras pastoreaba su iglesia en Londres, Harper continuó su evangelización ferviente y fiel. De hecho, era un evangelista tan celoso que la Iglesia Moody en Chicago le pidió que fuera a Estados Unidos para una serie de reuniones. Fue y todo salió bien. Unos años más tarde, la Iglesia Moody le pidió que volviera. Así fue como un día Harper abordó un barco con un boleto de segunda clase en Southampton, Inglaterra, rumbo a Estados Unidos.

La esposa de Harper había muerto unos años antes, y él llevaba consigo a su única hija, Nana, de seis años. Lo que sucedió después lo sabemos principalmente por dos fuentes. Una es Nana, quien murió en 1986 a los ochenta años. Recordaba que su padre la despertó unas noches después de zarpar. Era casi medianoche y le dijo que el barco había chocado contra un iceberg. Harper le dijo a Nana que otro barco estaba a punto de llegar para rescatarlos, pero como precaución, iba a ponerla en un bote salvavidas con una prima mayor que los acompañaba. Él esperaba hasta que llegara el otro barco.

El resto de la historia es una tragedia bien conocida. La pequeña Nana y su prima se salvaron. Pero el barco en el que viajaban era el *Titanic*. Solo sabemos lo que le sucedió a John Harper

INTRODUCCIÓN

después porque, en una reunión de oración en Hamilton, Ontario, algunos meses más tarde, un joven escocés se puso de pie llorando y contó la extraordinaria historia de cómo se convirtió. Explicó que había estado en el *Titanic* la noche en que chocó contra el iceberg. Se había aferrado a un pedazo de escombros flotantes en las aguas heladas. “De repente”, dijo, “una ola acercó a un hombre, John Harper. Él también se aferraba a un trozo de los restos del naufragio”.

“Gritó: ‘Hombre, ¿eres salvo?’”.

“‘No, no lo soy’, respondí”.

“Él gritó otra vez: ‘Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo’”.

“Las olas se llevaron [a Harper], pero un poco más tarde, el agua lo trajo de vuelta a mi lado. ‘¿Ya eres salvo?’, gritó”.

“‘No’, respondí. ‘Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo’”.

“Entonces, perdiendo su agarre en la madera, [Harper] se hundió. Y allí, solo en la noche, con más de tres kilómetros de agua debajo de mí, confié en Cristo como mi salvador. Soy el último convertido de John Harper”.

Ahora, algo completamente diferente: mi historia como evangelista. No soy John Harper. A veces soy un evangelista por obligación. De hecho, no solo soy un evangelista por obligación en ocasiones, sino que a veces no soy evangelista en lo absoluto. He tenido momentos de lucha: “¿Debería hablarle?”. Aunque normalmente soy una persona muy extrovertida, incluso para los estándares estadounidenses, puedo volverme callado, respetuoso del espacio de los demás. Tal vez estoy sentado junto a alguien en un avión (¿en cuyo caso ya le he dejado poco espacio a esa persona!); tal vez es alguien que me habla sobre algún otro asunto. Puede ser un familiar que conozco desde hace años o una persona que nunca he visto antes; pero quienquiera que sea, se

convierte para mí, en ese momento, en un desafío espiritual que frena mi testimonio y genera excusas.

Si en el futuro llega un momento en el que Dios revise todas nuestras oportunidades de evangelización perdidas, me temo que causaré más que un pequeño retraso en la eternidad.

Si te pasa algo parecido con la evangelización (y a mucha gente le pasa), permíteme animarte por haber tomado este pequeño libro. Pretende ser un ánimo, una aclaración, una instrucción, una reprensión y un desafío, todo junto en varios capítulos breves. Mi oración es que, gracias al tiempo que dediques a leer este libro, más personas escuchen las buenas noticias de Jesucristo.

¿No es asombroso que nos cueste tanto compartir noticias tan maravillosas? ¿Quién dudaría en decirle a un amigo que tiene un billete de lotería premiado? ¿Qué médico no querría decirle a su paciente que los exámenes salieron negativos (lo cual, por supuesto, es algo bueno)? ¿Quién no se sentiría honrado por una llamada de la Casa Blanca para decirle que el presidente quiere reunirse con él?

Entonces, si tenemos las mejores noticias del mundo ¿por qué somos tan lentos para compartirlas? A veces, nuestro problema puede ser cualquiera de una larga lista de excusas. Quizás no conocemos el evangelio lo suficientemente bien, o creemos que no lo conocemos. Tal vez pensamos que es trabajo de otra persona, la labor de un ministro o un misionero. Tal vez simplemente no sabemos cómo hacerlo. O quizás *pensamos* que estamos evangelizando cuando en realidad no lo estamos haciendo.

Digamos que somos fieles en la evangelización, pero ¿qué hacemos si la persona a la que evangelizamos se incomoda o, incluso, se enoja con nosotros? Por otro lado, ¿qué hacemos si

INTRODUCCIÓN

funciona, si alguien “hace la oración” con nosotros, o al menos dice que quiere ser cristiana?

Y una pregunta más que los cristianos suelen hacer sobre la evangelización: ¿está bien si realmente no quiero evangelizar, pero lo hago por sentimiento de culpa? Sé que no es lo mejor, pero ¿al menos está bien? Estas son algunas de las preguntas que queremos responder. Además de estas, quiero analizar otras preguntas sobre compartir las buenas noticias: ¿por qué no evangelizamos? ¿Qué es el evangelio? ¿Quién debe evangelizar? ¿Cómo debemos evangelizar? ¿Qué *no es* la evangelización? ¿Qué debemos hacer después de evangelizar? ¿Por qué debemos evangelizar? En resumen, en este libro analizamos las mejores noticias que han existido y hablamos sobre cómo debemos compartirlas.

Dios ha establecido a quién debemos evangelizar y cómo hacerlo. Dios mismo está en el centro del *evangelio*, es decir, de las buenas noticias que difundimos. Y debemos evangelizar, en última instancia, por Dios. Todo lo que hacemos en este libro es conectar algunos de esos puntos en nuestro pensamiento, y oro que también en lo que decimos.

Nuestras respuestas a estas preguntas no son del todo distintas. Se entrelazan y una influye en la otra, pero cada una ofrece una perspectiva diferente desde la cual ver y comprender este gran tema bíblico de la evangelización. Para responder a estas preguntas, recorreremos todo el Nuevo Testamento, desde ese epicentro de la evangelización, el libro de Hechos, hasta los Evangelios y las epístolas.

Por supuesto, este pequeño libro no puede responder todas las preguntas que existen sobre la evangelización (¡porque no tengo todas las respuestas!), pero mi oración es que, al reflexionar sobre ellas, llegues a comprender mejor y a ser más obediente

en la evangelización. No puedo prometerte que te convertirás en otro John Harper (yo aún no lo soy), pero todos podemos llegar a ser más fieles.

También oro para que a medida que evangelices más, ayudes a tu iglesia a desarrollar una cultura de evangelización. ¿Qué quiero decir con una cultura de evangelización? Me refiero a una expectativa de que los cristianos compartan el evangelio con otros, hablen de hacerlo, oren por ello, y planifiquen y trabajen juntos regularmente para ayudarse unos a otros a evangelizar. Queremos que la evangelización sea algo normal, tanto en nuestra vida como en nuestras iglesias.

Con este fin he escrito este libro, y oro para que tú también lo leas con este propósito.

¿POR QUÉ NO EVANGELIZAMOS?

A. T. Robertson fue un famoso maestro de la Biblia y un querido profesor de seminario. También tenía fama de ser un profesor estricto. En aquel tiempo, los estudiantes se ponían de pie en clase y recitaban de memoria largos pasajes de sus libros asignados. A veces les iba bien; otras veces no. En una ocasión, después de un desempeño particularmente malo, el Dr. Robertson le dijo a un estudiante: “Bueno, discúlpame, hermano, pero lo único que puedo hacer es orar por ti y reprobarte”.

“Reprobar” es una palabra que ya no usamos mucho. Es una palabra dura, cortante e inflexible. Pero, probablemente sea una buena palabra para resumir cómo nos ha ido a la mayoría al obedecer el llamado a evangelizar. Jesús dice que anunciemos las buenas noticias a todas las naciones, pero no lo hacemos. Jesús llama a las personas a ser pescadores de hombres, pero preferimos ser espectadores. Pedro dice que estemos siempre preparados para dar razón de la esperanza que tenemos, pero no lo estamos. Salomón dice que el que gana almas es sabio, pero nosotros reprobamos.

Pero si te pareces un poco a mí, probablemente no seas tan franco sobre tus fracasos en la evangelización. Has alterado tus registros mentales. De hecho, incluso en el momento cuando

no estás testificando, estás ocupado dándole vueltas al asunto, justificando, racionalizando y explicándole a tu conciencia por qué en realidad fue sabio, fiel, amable y obediente *no* compartir el evangelio con una persona en particular en ese momento y en esa situación.

En el resto de este capítulo, queremos considerar algunas de las excusas más comunes que usamos para justificar nuestra falta de evangelización. Por lo general, esas excusas simplemente vienen a nuestra mente, nos libran de tener ciertas conversaciones y luego pasan rápidamente. En este capítulo, queremos frenar nuestras excusas y mantenerlas quietas solo por un momento para examinar cada una. Por supuesto, hay muchas más excusas de las que enumeramos aquí, pero estas son algunas particularmente populares. Primero, consideraremos cinco excusas especialmente comunes. Luego veremos algunas excusas relacionadas con los incrédulos, aquellos que rechazan el mensaje del evangelio que tratamos de llevar. Finalmente, consideraremos las excusas que tienen más que ver con nosotros mismos, y veremos qué podemos hacer al respecto.

EXCUSA BÁSICA 1: “NO HABLO SU IDIOMA”

Ahora bien, la barrera del idioma es una excusa impresionante. Y debe de ser casi la mejor de este capítulo. Si estás sentado junto a personas que solo hablan chino o francés, no tienes muchas posibilidades de compartir alguna noticia con ellos, y mucho menos noticias sobre Cristo y su propia alma. Por supuesto, puedes esforzarte en aprender otro idioma y así compartir con muchas otras personas. Puedes tener a la mano Biblias o literatura evangelística en otros idiomas para regalar cuando tengas la oportunidad. Pero desde la Torre de Babel, la frase “no sé” ha sido una de

¿POR QUÉ NO EVANGELIZAMOS?

las excusas más legítimas que podríamos imaginar. Pablo advierte a los corintios sobre lo inútil que es hablar palabras que no son entendibles para alguien (1Co 14:10-11, 16, 23). Al fin y al cabo, ¡el objetivo de usar palabras es que nos entiendan!

EXCUSA BÁSICA 2:

“LA EVANGELIZACIÓN ES ILEGAL”

En algunos lugares, la evangelización *es* ilegal. Hay países en todo el mundo donde gobiernan tiranías de oscuridad. Pueden ser ateos o musulmanes, seculares o, incluso, “cristianos” (de nombre). Pero en muchos países está prohibido compartir el evangelio. ¡Y desde luego, no se permite que lo crean individuos que originalmente no son cristianos profesantes! En tales países, por lo general se puede salir a evangelizar, una vez. La segunda o tercera vez es la que podría verse impedida por la presión social, las leyes, la cárcel o las armas. Sin embargo, probablemente pocos de los que leemos este libro estamos en esa posición.

EXCUSA BÁSICA 3: “LA EVANGELIZACIÓN

PODRÍA CAUSAR PROBLEMAS EN EL TRABAJO”

Incluso en países donde la evangelización es legal, muchos tenemos trabajos en los que nuestros empleadores nos pagan para realizar cierta cantidad de labor, y tienen expectativas legítimas. Durante esas horas de trabajo, es posible que nuestra evangelización distraiga a la gente, reduzca nuestra productividad o cause otras preocupaciones legítimas a nuestros empleadores. Ciertamente, no queremos que compartir el evangelio nos traiga descrédito o desacredite el evangelio por cualquier razón que no sea un desacuerdo con el mensaje mismo. Entendemos que todos están, por naturaleza, en enemistad con Dios; pero simplemente,

no queremos darle a la gente otras razones para oponerse a nuestro evangelio. No queremos que nuestra evangelización obstaculice el *evangelio*, las buenas noticias.

EXCUSA BÁSICA 4: “OTRAS COSAS PARECEN MÁS URGENTES”

Hay tantas cosas que hacer cada día. Tenemos que atender a nuestras familias y planificar nuestro fin de semana. Hay que hacer el trabajo y pagar las cuentas. Estudiar, cocinar, limpiar, hacer compras, devolver llamadas, escribir correos electrónicos, leer, orar... la lista de cosas buenas que necesitamos hacer es interminable. Y muchas de estas cosas requieren atención inmediata. Si tengo un malentendido con mi esposa, necesito resolverlo de inmediato. Si el bebé está llorando, necesito llevarlo a casa ahora. Si el ensayo se debe entregar mañana, tengo que escribirlo ahora mismo. Si no tenemos comida para esta noche, tengo que ir de compras y cocinar. Es legítimo que asuma y cumpla muchos compromisos en la vida aparte de la evangelización. Pero ¿acaso nuestros otros compromisos a veces se vuelven tan numerosos —o los interpretamos así— como para no dejar tiempo para la evangelización? Si estamos demasiado ocupados para eso, ¿para qué cosas sí logramos sacar tiempo?

EXCUSA BÁSICA 5: “NO CONOZCO A NO CRISTIANOS”

El aislamiento de los incrédulos puede ser la excusa más común para la falta de evangelización. Esta es la excusa predilecta de los cristianos maduros. Cuando reflexiono honestamente sobre mi propia vida, veo que tengo muy pocas relaciones significativas con no cristianos. Soy pastor. No paso mucho tiempo con no

¿POR QUÉ NO EVANGELIZAMOS?

cristianos como parte de mi trabajo. Estoy ocupado escribiendo sermones, aconsejando, planificando, capacitando a otros cristianos, devolviendo llamadas telefónicas, ¡incluso escribiendo un libro sobre evangelización! Por lo general, no estoy disponible para la gente, excepto para los miembros de mi iglesia durante el día o mi familia por la noche. Estoy realmente enfocado en las relaciones cristianas, y creo que estoy llamado a estarlo.

Pero en casos como el mío, ¿cómo encaja la evangelización? Si eres una madre joven en casa con tus hijos, o un cristiano mayor, jubilado y a quien le cuesta construir nuevas relaciones, entonces también conoces este desafío. Si eres un nuevo cristiano, probablemente te han aconsejado (sabiamente) que construyas nuevas amistades significativas con cristianos. Y si llevas tiempo siendo cristiano, entonces probablemente estés ocupado con el servicio en la iglesia y dedicando tu tiempo a discipular a cristianos más jóvenes. Una de las mejores decisiones que podemos tomar es orar y hablar con un amigo cristiano sobre cómo podemos cumplir legítimamente nuestros roles en la iglesia, en nuestra familia y en nuestro trabajo, al mismo tiempo que conocemos y hablamos con no cristianos.

EXCUSAS RELACIONADAS CON ELLOS

Otro conjunto de excusas tiene que ver con los problemas que tú y yo pensamos que otros tendrán con nuestro testimonio. ¿Cuántas veces he tenido estas excusas más sutiles y avanzadas, acumulándose en mi mente mientras pienso en compartir el evangelio con alguien? “La gente no quiere escuchar”. “No estarán interesados”. “Probablemente ya conocen el evangelio”. “Probablemente no funcionará. Dudo que crean”. No pienso en

cuán poderoso es el evangelio. Me pongo en una actitud equivocadamente pesimista.

Por supuesto, debería considerar la poca fe que revela todo esto. Como Pablo dijo a los corintios: “¿Quién te distingue? ¿Qué tienes que no recibiste?” (1Co 4:7). ¿Por qué pensamos que *nosotros* responderíamos al evangelio, pero otros no? ¿No has descubierto que Dios salva a las personas más improbables? Si no estás seguro de esto, considera a algunos amigos que has visto convertirse. Considera tu propia conversión. Jonathan Edwards tituló un relato del Gran Despertar *A Narrative of Surprising Conversions* [*Un relato de conversiones sorprendentes*]. Por supuesto, en un sentido, todas las conversiones son sorprendentes: los enemigos son amados, los alejados son adoptados, quienes deberían ser castigados heredan la vida eterna. Pero es precisamente esta naturaleza radical y sorprendente de la conversión la que debería animarnos en nuestra evangelización. Dios puede salvar a cualquiera. Y cuanto más improbable parezca, más gloria, incluso podríamos razonar, obtiene para Sí mismo cuando sucede.

EL PUNTO CENTRAL DEL ASUNTO:

PLANEA NO DEJAR DE EVANGELIZAR

Aquí nos acercamos más al corazón de la mayor parte de nuestra falta de evangelización. ¿Qué nos pasa cuando no evangelizamos? Pensemos en doce pasos que podemos dar: orar, planear, aceptar, entender, ser fieles, arriesgarnos, prepararnos, mirar, amar, temer, detenernos y considerar.

1) Orar. Creo que muchas veces no evangelizamos porque lo hacemos con nuestras propias fuerzas. Intentamos dejar a Dios fuera de esto. Olvidamos que es Su voluntad y agrado que Su evangelio sea conocido. Él quiere que los pecadores se salven. En

¿POR QUÉ NO EVANGELIZAMOS?

pocas palabras, no oramos por oportunidades para compartir el evangelio, así que ¿cuán sorprendidos deberíamos estar cuando esas oportunidades no llegan? Si no estás evangelizando porque crees que te faltan oportunidades, ora y sorpréndete al ver cómo Dios responde tus oraciones.

2) Planear. Como ya hemos considerado, a veces no evangelizamos porque pensamos: “Estoy ocupado con otras cosas buenas. Esas otras cosas son formas legítimas de usar mi tiempo. Así que, simplemente no tengo tiempo para la evangelización. Cuando mi salud mejore... después de entregar mi ensayo... cuando mi hijo esté en la escuela... cuando mi esposo se jubile... cuando consiga ese ascenso... cuando ella esté de mejor humor, entonces”, decimos, “compartiré el evangelio con ella”. Para combatir esta costumbre de fabricar excusas, podemos proponernos sacar tiempo para construir relaciones o para ponernos en posiciones donde sabemos que podremos hablar con no cristianos. Planificamos muchas cosas menos importantes; ¿por qué no planificar nuestra evangelización?

3) Aceptar. Tenemos que aceptar que este es nuestro trabajo. Consideraremos esto más en el capítulo 3, pero por ahora, reconozcamos simplemente que a veces no evangelizamos porque pensamos que no es nuestro trabajo. Pensamos que es el trabajo de los predicadores, o de otra persona que está capacitada y recibe un pago por ello. Pero si vamos a evangelizar, tenemos que darnos cuenta y admitir cómo hemos estado evadiendo nuestro deber y disponernos a aceptar la responsabilidad de la evangelización. Podríamos ser los cristianos más cercanos a un incrédulo en particular. Tal vez tenga un tío o tía, amigo o empleado cristiano que lleva tiempo orando por él. Tal vez nosotros seamos la respuesta a esas oraciones. ¡Debemos aceptar, podemos aceptar,

tenemos el privilegio de aceptar el maravilloso papel que Dios tiene para nosotros como evangelistas en la vida de otros!

4) Entender. Parte de nuestro fracaso al evangelizar proviene de una falta de entendimiento. Dios no usa tanto los dones especiales para la evangelización (aunque existe un don bíblico de evangelización), sino la fidelidad de miles y millones de cristianos que nunca dirían que tienen ese don. Concluir que no se tiene el don para una tarea en particular no nos excusa de la responsabilidad de obedecer. Puedes concluir que la evangelización no es tu don, pero sigue siendo tu deber. No tener el don de misericordia de ninguna manera nos excusa de ser misericordiosos. Todos los cristianos deben ejercer misericordia; algunos estarán particularmente dotados para hacerlo de maneras especiales en ciertos momentos, pero todos deben ser misericordiosos. Lo mismo sucede con la evangelización. Dios puede bendecir y respaldar de manera inusual a un Pedro y a un Felipe, a un Whitefield y a un Spurgeon, a un Hudson Taylor y a un Adoniram Judson; aun así, nos llama a todos a compartir las buenas noticias.

5) Ser fieles. Quizás necesitamos reordenar nuestras lealtades. Tal vez nos preocupamos tanto en no ofender a otros, que dejamos de ser fieles a Dios en esta área. Tal vez estamos más preocupados por la respuesta de las personas que por la gloria de Dios. Tal vez estamos más preocupados por los sentimientos de las personas, que por los sentimientos de Dios. A Dios no le gusta que se suprima Su verdad, y eso es lo que hace el no cristiano (Ro 1:18). Los buenos modales no son excusa para la infidelidad a Dios, pero con frecuencia, los hemos usado así.

6) Arriesgarnos. Relacionado con la fidelidad está el estar dispuestos a arriesgarnos. Obedezcamos, incluso cuando no estamos exactamente seguros de la respuesta. Tal vez, a veces no

¿POR QUÉ NO EVANGELIZAMOS?

evangelizas porque eres tímido. Realmente no te gusta mucho hablar con otros, especialmente sobre cosas que pueden molestarlos. Te parece agotador y peligroso. Tal vez preferirías dejar que otra persona, alguien a quien le resulte más fácil, haga la evangelización. Pero ¿podrías invitar a incrédulos a una reunión donde escucharán el evangelio? ¿Puedes compartir con ellos un libro útil o una historia de tu vida? ¿Puedes hacerte amigo de los no creyentes, para que en el futuro puedas compartir el evangelio con ellos de manera más natural? Debemos estar dispuestos a arriesgarnos para evangelizar.

7) Prepararnos. A veces no evangelizamos porque pensamos que no estamos preparados o que estamos mal equipados. Tal vez no sabemos cómo hacer la transición en la conversación. O tal vez pensamos que en nuestra ignorancia fracasaremos y en realidad haremos daño espiritual a la persona al desacreditar el evangelio ante sus ojos. Nos asusta nuestra ignorancia. Pensamos que depende de nosotros hacer que el evangelio tenga sentido para ellos o responder a todas sus preguntas. Y así al inflar estas expectativas, decidimos que no podemos cumplirlas y por eso descuidamos la evangelización. En cambio, podríamos prepararnos conociendo el evangelio, trabajando en nuestra humildad y estudiando más. Así como podríamos organizarnos para tener tiempo, también podríamos prepararnos para poder usar bien la oportunidad cuando llegue.

8) Mirar. ¿Alguna vez has orado por algo y luego te ha sorprendido cuando sucede? Sé que yo sí. Y supongo que eso significa que, en realidad, no esperaba que Dios respondiera esa petición de oración. Puede ser lo mismo con mi evangelización. Tal vez he orado por oportunidades para evangelizar, pero luego,

no las he buscado realmente. Quizás he sido descuidado cuando han llegado.

Mi descuido puede manifestarse de varias formas. A veces no veo las oportunidades porque estoy ocupado. Después de todo, la evangelización puede llevar tiempo y resultar inconveniente. O tal vez estoy demasiado cansado. Quizás he gastado toda mi energía en entretenimiento, o en el trabajo, o en cualquier otra cosa, pero no he dedicado energía a este no cristiano con quien podría hablar. Y por tanto, ni siquiera noto la oportunidad.

Tal vez mi descuido de las oportunidades es más habitual. Tal vez soy perezoso, y me importa más que no me molesten ni me apuren que el hecho de que esta persona escuche el evangelio. Tal vez, a fin de cuentas, soy simplemente egoísta. No veo las oportunidades porque no estoy dispuesto a las molestias. Supongo que eso significa que soy, en definitiva, desinteresado. Mi ceguera ante la provisión de Dios es voluntaria. No considero la realidad y la finalidad de la muerte, el juicio y el infierno. Así que no noto la realidad de la persona que tengo delante y su difícil situación. No solo debemos cerrar los ojos en oración pidiendo oportunidades para la evangelización, sino que luego debemos abrirlos para ver esas oportunidades.

9) Amar. Estamos llamados a amar a los demás. Compartimos el evangelio porque amamos a las personas. Y no compartimos el evangelio porque no amamos a las personas. En cambio, les tenemos un temor equivocado. No queremos causar incomodidad. Queremos su respeto y, después de todo, pensamos que si tratamos de compartir el evangelio con ellos, ¡pareceremos tontos! Y así nos quedamos callados. Protegemos nuestro orgullo a costa de sus almas. En nombre de no querer parecer extraños, nos contentamos con ser cómplices de su

perdición. Como dijo un amigo: “No quiero ser el cristiano estereotipado en un avión”.

Esa actitud me caracteriza con demasiada frecuencia. Mi corazón es frío hacia los demás. Tengo un amor propio distorsionado y un amor deficiente por los demás. Y solo para enfatizar esto, mientras escribía esto, un amigo no cristiano llamó porque quería hablar conmigo. Charlamos durante unos treinta minutos, ¡tiempo durante el cual estuve impaciente por volver a escribir este libro sobre evangelización! ¡Ay! ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de indiferencia? Si queremos evangelizar más, debemos amar más a las personas.

10) Temer. También deberíamos temer. Pero nuestro temor no debe dirigirse al hombre, sino a Dios. Cuando no compartimos el evangelio, en esencia nos negamos a vivir en el temor del Señor. No estamos dándole a Él ni a Su voluntad el lugar del estándar final y supremo de nuestras acciones. Temer a Dios es amarlo. Cuando Aquel que es nuestro creador y juez todopoderoso es también nuestro redentor y salvador misericordioso, entonces hemos encontrado el objeto perfecto para toda la devoción de nuestro corazón. Y esa devoción nos llevará a compartir estas buenas noticias sobre Él con otros. Deberíamos orar para que Dios aumente en nosotros un mayor amor y temor a Él.

11) Detenernos. Deberíamos dejar de culpar a Dios. Deberíamos dejar de excusarnos de la evangelización basándonos en que Dios es soberano. No deberíamos concluir que, debido a Su omnipotencia, nuestra obediencia es inútil. En cambio, deberíamos leer en la Palabra que Dios llamará a Sí mismo a un gran número de personas de toda tribu, lengua y nación, y eso nos animará en la evangelización. Esto animó a Pablo en Corinto cuando estaba desanimado (ver Hch 18). Una vez más, si te das

cuenta de que la conversión siempre acompaña a la proclamación del evangelio y la obra del Espíritu, entonces dejarás de intentar hacer la obra del Espíritu y te entregarás a la proclamación del evangelio. ¡El hecho de que no sepamos todo no significa que no sepamos nada! No podemos responder a todas las preguntas sobre cómo encajan la soberanía de Dios y la responsabilidad humana, pero ciertamente podemos creer que encajan. Fue Pablo quien escribió uno de los pasajes bíblicos más claros sobre la soberanía de Dios (Ro 9) y luego pasó a escribir uno de los pasajes bíblicos más directos sobre la responsabilidad del hombre en la evangelización (Ro 10). Pablo ciertamente creía que ambas cosas son verdaderas. Entonces, ¿quiénes somos nosotros para culpar a Dios por nuestro silencio pecaminoso?

12) Considerar. El autor de Hebreos dijo: “Consideren, pues, a Aquel que soportó tal hostilidad de los pecadores contra Él mismo, para que no se cansen ni se desanimen en su corazón” (Heb 12:3). Cuando no consideramos suficientemente lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo (el alto costo de Su obra, lo que significa y la importancia de Cristo) se nos quitan las ganas de evangelizar. Nuestros corazones se enfrían, nuestras mentes se vuelven más pequeñas (más ocupadas con preocupaciones pasajeras) y nuestros labios callan. Considera que Dios nos ha amado de la manera en que lo ha hecho. Considera que Dios es glorificado cuando contamos a otros sobre este asombroso amor Suyo. Y considera que, en lugar de proclamar la bondad de Dios y el evangelio, participamos en una conspiración de silencio. Demostramos ser fríos ante la gloria de Dios. Si quisiéramos ser más fieles en la evangelización, deberíamos avivar en nosotros la llama del amor a Dios, y la llama de la gratitud y la esperanza. Un fuego encendido de tal forma por Dios, no tendrá

¿POR QUÉ NO EVANGELIZAMOS?

problemas para encender nuestra lengua. Como dijo Jesús: “De la abundancia del corazón habla la boca” (Mt 12:34). ¿Cuánta evangelización vemos brotar de nuestra boca? ¿Qué dice eso sobre nuestro amor por Dios?

En ese sentido, ¿por qué deberíamos amar tanto a Dios? Eso nos lleva a considerar qué es exactamente este mensaje que queremos compartir. ¿Qué podría encender tanto nuestros corazones? Eso es lo que queremos considerar en el próximo capítulo.

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro
El evangelio y la evangelización personal.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!